

frían una derrota, la lloraba todo el Ejército que hacía causa común en la desventura: cuando alguien alcanzaba la victoria, todos se mostraban contentos y orgullosos, pues la adversidad había estrechado tanto el vínculo de la fraternidad, que la gloria de alguno era de todos y todos íbamos gustosos á depositarla como ofrenda de cariño, en el altar sacrosanto de la Patria.

Nuestros intereses personales no figuraban en la lucha emprendida, porque seguros como lo éramos de perecer en la demanda el día menos pensado, no teníamos más ambición que legar á nuestros hijos un nombre sin mancha. La vida sin la honra nos hubiera sido insoporable.

El espectáculo dado al mundo en la ciudad de Puebla fué grandioso, porque éramos una sola familia defendiendo el hogar: cuando en la lucha caía alguno de sus miembros herido por la metralla enemiga, otro miembro, otro hermano, para explicarme mejor, ocupaba en el acto el punto que quedaba vacante, sin temer que la muerte allí lo sorprendiera, porque desde que nos presentamos en Puebla, habíamos tomado al azar un número en la lotería del destino y porque teníamos la convicción profunda de que la vida ya no nos pertenecía: la habíamos arrojado en la balanza de la justicia como dominante contrapeso de la deslealtad y de la tiranía.

La plaza de Puebla sucumbió al fin, pero con honra: el invasor sólo puso la planta en el Palacio del Gobierno cuando agotadas las municiones de boca y guerra, nuestros soldados no tenían ya fuerza para sostenerse en pié, ni nuestras armas proyectiles que disparar: mientras tuvimos esos elementos, el orgulloso Ejército francés fué detenido frente á nuestras fortificaciones 63 días, por un puñado de valientes, porque nuestro Ejército había sido

diezmado por las balas extranjeras y por el tifo desarrollado en la ciudad como natural consecuencia de la aglomeración de gente en un perímetro reducido. Defendimos, mientras fué posible, palmo á palmo nuestra fortaleza, y cada paso que los franceses dieron hacia nosotros, les costó el sacrificio de muchas vidas y el consumo de muchas municiones.

El haber detenido sesenta y tres días frente á Puebla al Ejército invasor equivalió á su derrota: ese hecho será el mejor de nuestros títulos á la gratitud nacional.

En la defensa de Puebla hubo rasgos de jefes, oficiales y soldados, que no pueden calificarse en nuestro torpe lenguaje. Gloria, heroísmo, abnegación, temeridad, no son palabras suficientes para dar á entender lo que aquellos defensores hicieron: aquellas acciones las comprende, pero no las explica, el que tenga corazón, el que pueda formarse una idea exacta de lo sublime y de lo bello, el que siendo noble de sentimientos y grande en sus bondades, sepa apreciar en todo su valor hechos iluminados por la grandeza del espíritu.

Antes de relatar una por una las acciones que sostuvimos en Puebla y de dar á conocer los elementos con que nos aprestamos á la lucha, quise hacer mención del espíritu de fraternidad que reinaba en aquella agrupación de héroes, en una defensa que se ensalza por sí misma; porque hay glorias que no se ofuscan y brillos que no se opacan.

Este capítulo lo dedico á la posteridad que va á juzgarnos, con la esperanza de que lea uno por uno todos los documentos que publico, á fin de que conociendo á fondo nuestros elementos, y haciendo un cálculo exacto del tiempo que pudieron durarnos, siendo de pública notoriedad que no pudimos reponerlos, diga si sucumbimos por miedo ó sucumbimos por hambre.

Debe hacerse constar igualmente que aquellos soldados, desnudos, mal pagados y hambrientos, jamás abrieron sus labios para exhalar una queja ó para dirigir un reproche. En el largo periodo del sitio, no se vió á ningun batallón insubordinarse, y ni nuestros calumniadores, como Córdoba, se atrevieron á lanzar á la faz del mundo semejante sospecha.

Esa conducta, sin ejemplo en los anales del mundo, es el más honroso título del mérito militar de nuestro Ejército.

Antes de tomar el hilo de mi historia què dejé pendiente en 26 de Marzo, primer encuentro que tuvimos con el enemigo, voy á hacer un resumen de los documentos importantes que acompaño bajo los números 5 al 11 y los cuales darán mayor fuerza á mis argumentos.

Presupuesto de lo que vence el Cuerpo de Ejército de Oriente en un mes, según la revista de comisario pasada en Noviembre de 1862.* Número 5.

Estado que manifiesta los útiles de zapa. Numero 6.

Relación de los objetos pertenecientes al servicio sanitario.

2,130 camas habilitadas de todos sus útiles, repartidas en 6 hospitales de sangre.

1 botiquín con todos sus accesorios.

67 cajas, bolsas y aparatos de cirugía. Número 7.

Estado que manifiesta la fuerza de combate y los puntos que cubrían. Número 8.

Estados del movimiento de enfermos y heridos en los hospitales de sangre. Números 9 y 10.

* Todos los documentos que se insertan en esta Reseña, son auténticos y la persona que quiera confrontarlos puede pasar á hacerlo á la casa habitación del autor, calle de San Gerónimo número 6.

Estado que manifiesta la fuerza total que tenía el Cuerpo de Ejército de Oriente y sus municiones y útiles.

	JEFES.	OFICIALES.	TROPA.	CABALLOS.
Artillería	7	124	1,165	00
Infantería	160	1,019	18,976	00
Caballería	42	302	2,861	3,167
Ámbulancia	20	50	102	00
Total	229	1,495	23,104	3,167

Artillería.

Cañones de batería.....	101
Id. de sitio.....	77
	<hr/>
	178

Projectiles.

Balas sólidas.....	20,159
Botes de metralla.....	7,412
Bombas.....	28,340
	<hr/>
	55,911
Cartuchería cargada.....	32,363
Fuegos artificiales.....	69,859
Cartuchos para infantería y caballería.	2,096,650
Cápsulas de guerra.....	545,716
Piedras de chispa.....	23,800

Transportes.

	UTILES.	INUTILES.
Carros de 4 y 2 ruedas	154	45
Mulas de carga y tiro	2,240	

Se encontraban fuera de la plaza:

Carros	84.
Mulas	1,008.

Sobre incendios.

Bombas 3. Número 11.

Estos elementos, que apenas hubieran sido bastantes para defenderse de igual número de enemigos, pudieron sin embargo contener por 63 días el ataque del que siendo superior en fuerza, aun tenía en su abono el ser socorrido con sus haberes íntegros y alimentado con abundancia.

Pero la falta de elementos nuestro Ejército la sufría con abnegado patriotismo, fibra que también supieron tocar en sus proclamas nuestros Jefes, nuestras damas y como excepción honrosa, algunos sacerdotes.

La raza latina se sostiene más por la fuerza del espíritu que por la fuerza de la materia, explicación satisfactoria del efecto que producían en nuestros guerreros las palabras que se les dirigían.

Pocos días antes de la primera acción sangrienta, una dama y un sacerdote hablaron á nuestras tropas en los términos siguientes:

“¡Zacatecanos, hijos indómitos de las montañas, de fuerte corazón como vuestras rocas! ¡De almas independientes como el águila que anida en sus huecos y mente voluntariosa cual el torrente que se despeña en sus abismos! ¡Hombres de espíritu libre, constitución de hierro y temperamento ardiente! Vosotros, nacidos en medio de las blancas nieves, arrullados en vuestra cuna por el silbido de los huracanes, acostumbrados desde la niñez á escuchar el imponente trueno de las tormentas, y más de una vez alumbrados en vuestros juegos infantiles por el fosfórico fulgor del rayo: Vosotros, á quien la misma naturaleza creara libres é hiciera valientes, hoy váis á veros por segunda vez frente á frente del retrógrado conquistador; la primera sufristéis un revés; poco importa, hay derrotas que honran más que las victorias; ésta ha sido una de ellas. Levantad, pues, orgullosos la cabeza, no olvidando que tenéis que vengar la sangre de vuestros paisanos derramada por los infames franceses en la fatal jornada.

Las sombras indignadas de los heroicos Garcías y Pedrazas os piden venganza. ¿No es verdad nobles demócratas que la obtendrán cumplida? No sólo tendréis que llenar vuestro deber como mexicanos, no sólo que sostener el buen nombre de vuestro Estado hasta

hoy immaculado, sino también probar á la faz del mundo que si no soís dioses para ornar siempre vuestra frente con los laureles del triunfo, soís sí dignos defensores de nuestra independencia, bravos paladines de nuestra libertad y la más fuerte columna de la Reforma. ¡Heroicos vencedores de Peñuelas, Silao, Guadalajara y Calpulalpam, no desmintáis vuestra fama ni echéis un borrón en vuestro glorioso timbre! Entonces fuísteis invencibles porque sosteníais un principio; ahora seréis invulnerables porque defendéis vuestra independencia. Por necesaria que sea una contienda entre hermanos, los laureles que se adquieren en ella tienen un olor á sangre que desagrada al olfato, entristece al corazón, marchitan sus hojas la sien que oprimen haciendo palidecer la frente que adornan; y después, y después de la embriaguez del triunfo, derrama más lágrimas el vencedor que el vencido. Por eso he tocado apenas de paso vuestro vocabulario los nombres de liberales y conservadores, quedando solo la honrosa denominación de mexicanos! Mantened incólume tan precioso nombre y jurad en las aras de la Patria antes morir que permitir que el audaz extranjero lo arrastre por el fango. No, mil veces la muerte mas bien que pasar por tal degradación.

¡Zacatecanos! el más sangriento festín se prepara; los miasmas fétidos de la pólvora francesa impregnan el aire y su olor nauseabundo llega hasta nosotros. La sangre de los defensores de la Patria ha comenzado á correr de nuevo: pronto escucharéis la ronca detonación de los cañones imperiales. Con la pérdida cautela del tigre que teme se le escape su presa, avanza el enemigo poco á poco hacia nosotros. No os dejéis alucinar por su aparente indecisión; los que violaron, á la vista de todo el mundo los tratados de la Soledad y sin fe ni caballerosidad se posesionaron, por medio de la más repugnante bajeza, de nuestras fortificaciones del Chiquihuite, son capaces de todo. Centuplicad vuestras fuerzas, redoblad la vigilancia y estad alerta para evitar una sorpresa. Su primer ataque es rudo, no os desconcertéis en él; resistid su violento empuje, quedad todos, si posible es, exánimes al pié de las murallas, pero no cejéis un paso. Después aflojará su brío, y ya sabéis que también los franceses voltearán la espalda.

Soldados: el hijo de la libertad, el sostén de la reforma, el vencedor de la reacción y hoy defensor de la República, es el que tenéis al frente de vosotros, Ortega, en fin, ese héroe zacatecano, honra de nuestro suelo y amigo sincero del pueblo, es el que os guiará al combate. ¿Qué más podéis desear? obrad de modo que se envanezca de vosotros; que tribute un tierno recuerdo á vuestra memoria, antes que maldeciros por cobardes. ¿Cobardes he dicho? perdón, bravos montañeses, jamás se os ha dado impúnemente este epíteto porque la punta de vuestra espada sabe ir directamente al corazón del miserable que lo pronuncia. El sol de la libertad que irradia en vuestros varoniles semblantes, da aliento á vuestras almas, fuerza